

«¿Quién eres? ¿Por qué haces que los cuervos se monten un festín?»

Estefanía Coulliere

Image not found.

Capítulo 1

« ¿Quién eres? ¿Por qué haces que los cuervos se monten un festín? »

« ¿Quién eres? ¿Por qué haces que los cuervos se monten un festín? »

Desde la ventana del tren, a lo lejos, pudo divisar un bulto en el aire, de color negro. Con la poca luz que había, entre poste y poste, entre vagón y vagón pudo verlo. Se veía como un gran cuerpo negro que se acercaba con gran velocidad.

El tren comenzó a aminorar la marcha, hasta que se detuvo por completo. El lugar en el que se había detenido era horrendo, completamente descampado. Muy a lo lejos se podía divisar unas casas. A él no le gustó mucho que el tren se detuviera allí. Aún así, se tranquilizó, al ver que las puertas estaban cerradas y eran automáticas. Solo el de seguridad podía abrirla. Se tranquilizó con solo pensarlo. Nadie se subiría a robar, nadie podía salir ni tampoco entrar. Fue lo primero por lo que se preocupó ya que antes –cuando estaba el otro tren, el cual no tenía las puertas automáticas– siempre, en lugares así, se subían a robar. Ahora estaba tranquilo.

Dirigió nuevamente su mirada a la ventana. El tren estaba detenido. El lugar estaba desolado. Solo había tétricos árboles que se mecían con el viento y que poseían formas muy extrañas. Allí afuera reinaba el silencio, mientras que dentro del tren la gente charlaba muy tranquila.

Notó que el bulto se acercaba aún más. A gran velocidad. Fijó aun más su vista. Entre cerró sus ojos para así poder mirar mejor. Parecían pájaros migrando... o eso era lo primero que pensó al verlo pero... ¿A esta hora? ¿En la noche? ¿Acaso no se los suele ver de día?

Se asustó. Comenzó a tener el presentimiento de que se acercaban al tren con malas intenciones y que, además, no eran unos simples pájaros. Tan solo era un presentimiento. Un presentimiento que tenía, uno muy fuerte, el cual le causó mucho temor.

– ¡Cierren todas las ventanas! –Gritó pero nadie lo escuchó, más bien... lo terminaron ignorando. Aquellas personas que no lo ignoraron –muy pocos por cierto– lo hicieron callar y lo tomaron por loco. Era tal la desesperación con la que gritó y el temor que muchos se asustaron pero... de lo loco que parecía.

– ¡Cierren ya las ventanas! –Volvió a gritar pero ya era muy tarde.

Miles y miles de bestias entraron por las ventanas del tren.

Festín de cuervos

Gritos.

Gritos por doquier.

Gritaban mujeres y niños...

Niños, hombres y mujeres.

Nadie se salva...

Nadie se salvó...

Nadie se salvará...

de aquellas feroces bestias.

De sus picos filosos,

de sus grandes garras,

de sus poderosas plumas... de acero.

No se salvaran de ellos...

¿o de él?

De él...

No se salvaran,

ni de ellos.

Vio.

Las miró,

las observó,
observó cómo le arrancaban los ojos a las personas.
Arranca sus globos oculares con fuerza,
con frialdad,
como si estuvieran muertos de hambre.
Los arrancan, juegan con ellos y los comen.

Observó cómo les arrancaban la piel,
dejaban a la vista la carne.
La arrancaban a picotazos,
como si fuera papel.

Se llevaban su carne,
la saboreaban.
La disfrutaban.
Se los comían.

Sus picos estaban llenos de sangre.
Sus plumas como el acero llenas de vísceras.
Arrancaban y arrancaban,
picoteaban y picoteaban.
Disfrutaban de la carne humana.
Se peleaban por la carne, como bestias que son.

Feroces y grandes bestias negras.

Como cuervos.

Se llevaban sus ojos,

su piel,

su rostro.

Picaban y arrancaban la piel

de ellos

de las mujeres,

de los niños,

de los hombres.

Menos de él.

Cuando habían acabado con todos y no quedaban más que cadáveres. Cadáveres con expresiones espantosas. Horrendas y tétricas. Algunos sin la gran parte de la cara. Con las bocas abiertas, con la carne, los músculos al aire. Algunos no eran más que huesos con un poco de carne. La sangre estaba esparcida por todo el vagón. Aún se escuchaban gritos a lo lejos, provenientes de otros vagones. No habían acabado aún. Seguramente no se irían hasta acabar con todos, hasta dejar los huesos completamente sin carne.

Solo quedaba él, parado contra la puerta del vagón. Aterrado. Espantado. Horrorizado y con ganas de vomitar de tal espanto. No dejaba de observar los cuerpos de la gente. Miró a sus pies –al suelo– con la intención de escapar de aquel lugar –de no ver esa escena. Fue lo peor que pudo a ver hecho. Bajo sus pies yacía un cadáver. Era de una mujer. Se encontraba en uno de los peores estados. Sin la piel, sin parte de los músculos, se podían ver algunos huesos de su rostro, sin los ojos. Veía una gran oscuridad en ellos, una cuenca vacía, sin nada. Nada más que oscuridad. No lo soportó. Gritó y lloro desconsoladamente. **«iSi van a acabar**

conmigo, háganlo ya!» Gritaba por dentro de él. No quería estar más allí. No soportaba ver esa escena. Cadáveres. Rostros de horror. Rostros que les faltaban los ojos y que tenían una gran expresión de dolor, de sufrimiento, de espanto. Bocas abiertas como gritando en silencio aún después de muertos. Como si no les hubiera bastado con gritar en vida. Podía oírlo. Volvió a escuchar los gritos de esas personas. Sentía que gritaban nuevamente. Pero esta vez eran gritos de ultratumba. «***iYa basta!***» Se gritaba por dentro, al mismo tiempo que cubría sus oídos.

Los cuervos comenzaron a amontonarse en un solo lugar. Se empujaban unos a otros. Se encimaban. Él los miraba horrorizado, mientras cubría sus oídos para no escuchar aquellos gritos. Para, además, no escuchar ese horrible sonido que hacían los cuervos mientras se amontonaban. Sentía miedo, horror, repulsión. Pudo ver que poco a poco los cuervos comenzaron a formar una sola figura. Comenzó a salir –de aquellos cuervos– un humano.

–Pero... ¿Qué car...? –Articuló del temor que sentía.

Finalmente, en aquel lugar, delante de él yacía un hombre que poseía los ojos como los de un gato. La pupila como tal y el iris de color rojo. Tenía unas uñas largas, repulsivas y un hermoso cabello negro. Él lo miró fijamente a esos ojos extraños. Al sentir la mirada de esa extraña criatura, sobre sí; sintió como descubrían, como salían a la luz sus más terribles, profundos y oscuros secretos.